

CALIBAN

No hay que olvidar —y es una esperanza, aunque a largo plazo— que en EE. UU. también existen liberales y progresistas que se preocupan por estos problemas (los de América Latina) y luchan por clarificarlos frente al pueblo: como los profesores mencionados y otros a quienes no vimos pero cuyas obras conocemos; algunos periodistas, que se debaten dentro de las empresas en que trabajan; y muchos escritores humanos admirables, que también forman parte de ese mundo tan contradictorio. No hay que olvidar tampoco que, en el extremo de la Sociedad John Birch, existen universitarios jóvenes liberales —y aun socialistas!— de cuya influencia Latinoaméricana

puede esperar, algún día, comprensión y verdadera amistad". Estas eran las frases finales de un artículo sobre EE. UU. aparecido en "MARCHA" hace algunas semanas y que por error no fueron publicadas. Querían señalar la presencia, sobre todo en las universidades, de estadounidenses lúcidos y despiertos a la realidad internacional, cuyos puntos de vista pueden ser muy discutibles, pero que no se conjugan con la visión uniformizadora del Departamento de Estado. El siguiente artículo del profesor Richard Morse, de la Universidad de Yale, es una prueba de ello. Irónico, a veces irritante, tiene la virtud de ser polémico y presentar un punto de vista bastante original de las relaciones interamericanas. — B. N.



Faulkner y nunca han oído hablar de Jackson Pollock.

En el año 1900, un distinguido escritor uruguayo, José Enrique Rodó, publicó *Ariel*, un breve libro que pronto se transformó en un clásico. Yo en particular, encuentro muy difícil la lectura de *Ariel*, porque es uno de esos libros (como *Adam Bede* o la *Autobiografía de Franklin*) que los profesores suelen infligir a los estudiantes, pero que a ellos mismos les resulta fastidioso concluir. Para nuestros propósitos, basta con suponer que uno de los temas fundamentales de *Ariel* es "América Latina y América anglo-sajona". El libro asume la forma de una disquisición a cargo de un "anciano y venerado maestro", conocido por " Próspero". Discretamente pone en guardia contra la vulgaridad, el utilitarismo y la mediocridad de la democracia igualitaria (los EE.UU., simbolizados por Calibán), y urge a tomar el camino de la cultura, del heroísmo moral y de la santidad (América Latina, simbolizada por Ariel). Por supuesto Rodó tomó los tres nombres de *La Tempestad*, de Shakespeare. Próspero era el "sabio mago", Calibán el torpe esclavo, y Ariel el espíritu etéreo, que cumplía los mandatos de Próspero.

HOY es evidente que uno de los muchos planos para la comprensión de la hermosa pieza de Shakespeare, es el tema de lo que ahora llamaríamos "colonialismo". Fue escrita en una época en que los ingleses eran empujados hacia las culturas exóticas, y los nobles salvajes del mundo no europeo; el escenario era sugerido por narraciones de las Bermudas. Una atenta relectura de *La Tempestad* revela que ella encierra una certera sátira psicológica, más aguda que la dulzona interpretación de Rodó.

Los escritores contemporáneos, sobre todo O. Mannoni en su *Próspero y Calibán: la Psicología de la Colonización* (trad. ingl. 1956) sugiere que Próspero, lejos de ser el amable y resignado sabio, es un paranoico gobernador colonial, exilado de Europa por descuidar sus obligaciones gubernamentales. No puede relacionarse con los seres humanos, y se pone nervioso cuando siente amenazada su autoridad absolutista. Su dulce hija Miranda, su esclavo "bueno", Ariel, y su esclavo "malo", Calibán, deben rendirle total pleitesía. Considerando esta interpretación, advertimos de pronto que somos llevados a aceptar la brutalidad de Calibán como un hecho. Lo vemos sólo como lo ve Próspero. Simplemente asumimos que es imposible de educar, y que está condenado para siempre a cortar leña. Sin embargo, ¿qué tiene una especie de educación "natural"?

Quizá Calibán no trató realmente de raptar a Miranda, sino que fue la víctima sobre la que Próspero proyectó sus fantasías incestuosas. Nos damos cuenta, con un sobresalto, que no podemos conocer realmente a Calibán. Este punto de vista de *La Tempestad*, se ajusta mejor que el de Rodó a la realidad de nuestro hemisferio. Próspero simboliza por supuesto los prósperos EE.UU. (con Ariel, la mágica vara de la tecnología), y Latinoamérica es Calibán, el Calibán que nadie puede penetrar, que nadie conoce, con quien Próspero pierde la paciencia, y sobre quien legisla por ser aquél "un bruto no desarrollado".

Estamos considerando, en otras palabras, no una valoración moral y espiritual de los *dramatis personae* (que dejamos en manos de la infinita sabiduría de Dios), sino la naturaleza de sus relaciones, y la dinámica psicológica que los gobierna. ¡Ajá!, exclamarán nuestros expertos del comportamiento, el problema entonces es el de la comunicación. No, no precisamente. Por cierto que a veces me estremezco al pensar que nuestro gobierno federal se ha dado cuenta por fin, en su pesada modalidad, del "problema de la lengua", y se ha puesto a gastar millones de dólares en profesores, enseñanzas y planes técnicos, en nuestras más grandes universidades, y en algunas no tan grandes, para equipar cantidades de posgraduados, con fluidez profesional en español, y (nuestro re-

ciente descubrimiento) en portugués. El programa descansa en la elefantiástica suposición de que lo que estos hombres y mujeres tienen que "comunicar" a nuestros vecinos del sur, propenderá a la comprensión y a la ayuda mutua. Pero, ¡ay!, ¿qué sucederá cuando los brasileños y colombianos puedan recibir nuestro mensaje inequívocamente, en su propia lengua? ¿Se evaporará entonces ese precioso "beneficio de la duda" que ahora disfrutamos? No puedo menos de recordar a un profesor americano de lenguas romances, a quien encontré en Brasil hace unos años. Al ser presentado a un joven crítico literario brasileño, sagaz y competente, mi compatriota tomó la tarjeta de aquél, deslizó su pulgar suavemente sobre la impresión, y dijo en un perfecto portugués, delicadamente modulado: "Caramba, no tenemos tarjetas tan lindas como éstas en EE.UU."

Cuando, siendo estudiante, me interesé por primera vez en Latinoamérica, era "vox populi" que debíamos mejorar, o establecer "relaciones" (esa palabra tan sugestiva) con aquellos países, condescendiente y quizás inapropiadamente llamados nuestros "buenos vecinos" y "repúblicas hermanas". Ahora, después de un cuarto de siglo, se renueva el llamado, tan prístino e incumplido como entonces. En 1940 eran los nazis quienes iban a engullirse a Latinoamérica. Ahora son los comunistas. Hemos identificado tantos tiburones, que no sería raro que América Latina estuviera adquiriendo un complejo de sardina, y nosotros fuésemos el verdadero tiburón. Unos años antes de la aparición de *El tiburón y las sardinas* de Arévalo, un diario literario brasileño se refirió a un crucero de pesca por el sur, que realizaba el entonces Presidente de EE.UU. "He aquí a Hoover pescando... El Presidente sonríe, satisfecho como nunca. Ya en tierra, sigue pescando. Aquí viene Hoover... Brasil, mi amor, ¿tú también te has vuelto sardina?"

Lo absurdo de nuestra "relación" con Latinoamérica, es que no constituye realmente una "relación". Por que está controlada por el supuesto, no importa cuán generosamente motivado, de que los latinoamericanos son subdesarrollados, que nosotros somos "desarrollados", y que debemos ayudarlos a "desarrollarse".

Un hombre de ciencia que encontré una vez en una conferencia, me explicó pacientemente que los problemas de integración nacional de Brasil, serían solucionados una vez que pudiéramos ubicar, analizar y revisar su sistema de comunicaciones, sobre la base de una analogía con el sistema nervioso de un gato. "La neurología", continuó con gravedad, "nos ofrece modelos más prácticos y mensurables que los de la ciencia social". Yo me sentía bastante humilde y convencido. Mi única duda era en lo que concernía a nuestras "relaciones" con Brasil, si la palabra "relación"

implicaba reciprocidad. Creo que es posible muy poca reciprocidad entre alguien que es en todos los aspectos desarrollado, y alguien que es en todos los aspectos subdesarrollado, y debe ser manipulado como el sistema nervioso de un gato.

Por supuesto, doramos la píldora hablando de "relaciones culturales" entre Próspero y Calibán. Pero el 90% de nuestras "relaciones culturales oficiales" se resuelve en: a) intercambio educacional que es un subproducto del desenvolvimiento técnico y económico; b) intercambio de propaganda nacionalista de autoelogio; c) intentos paternalistas de Próspero por "entender el modo de vida y la psicología de Calibán, con el fin de facilitar el proceso de imitación."

En realidad, las verdaderas relaciones culturales llevan una existencia que es en cierto modo misteriosamente incontrolable, más bien independiente de las relaciones político-económicas y militares. En el siglo pasado la filosofía alemana hizo un considerable impacto en nuestra vida intelectual; diez mil estudiantes americanos se prepararon en Alemania; y las universidades alemanas proporcionaron el modelo principal para los planes de estudio americanos. Sin embargo, combatimos en dos feroces guerras contra los "hunos". El aprecio intelectual no es garantía de simpatía. Muchos intelectuales latinoamericanos que comprenden y admiran la obra de Faulkner o Jackson Pollock, son precisamente aquellos que se sienten profundamente nacionalistas, y de acuerdo al criterio del Depto. de Estado son "anti-americanos". Sus sentimientos son reafirmados cuando comprueban que la mayoría de los americanos que visitan Latinoamérica nunca han leído a

Naturalmente, el mito de Ariel en la versión de Rodó, no se extingue fácilmente. Recientemente oí a un educador latinoamericano de renombre, declarar que a cambio de la "civilización" que enviamos al sur, los latinoamericanos debían enviar "cultura" al norte, en un programa de desarrollo recíproco. Debo confesar un sentimiento de indisimulable simpatía por esta propuesta. Sin embargo, reconozco tristemente, que nuestro gran país, con todos sus recursos y riquezas, tiene a la cultura muy asegurada junto a la tecnología. Los jóvenes artistas y escritores latinoamericanos, tarde o temprano hacen el peregrinaje a EE.UU. y Europa Occidental, a pulir su arte. Los nacientes grupos de teatro en Santiago o San Pablo, dirigen sus miras hacia la Fundación Rockefeller en busca de apoyo. Y tal como lo explico casi apologeticamente a académicos latinoamericanos, nuestros estudiantes leen a Homero y Dante en cursos básicos, mientras los estudiantes latinoamericanos preparan literatura, cuando lo hacen, en anticuados compendios franceses de nivel liceal.

En esta ocasión, sin embargo, mis divagaciones van dirigidas menos hacia lo utilitario que hacia lo psicológico. Mi primera inquietud no es qué podemos hacer por ellos, o ellos por nosotros. Hay poco realmente que decir a Washington sobre el tema, ya que nuestra política latinoamericana está trazada dentro de muy estrechos límites. Ha mostrado una sorprendente uniformidad a través de los años desde Hoover a Johnson, a pesar de ocasionales y llamativos anuncios, relámpagos carismáticos o efímeros períodos (¿errores?) de buenos sentimientos. No será revisada radicalmente en un futuro próximo, a causa de severos límites políticos y culturales inherentes a nuestra democracia. Y es de desear que así sea, ya que América Latina debe encontrar sola su camino. (Pasa a la pág. siguiente)

Novedades de

Librería ALFA

EL JOVEN HEGEL
por GEORG LUKACS

MARXISMO Y SOCIOLOGIA
por E. MORIN, C. LEFORT y otros

¿A QUE VIENE DE GAULLE?
por ROGELIO GARCIA LUPO

AVISO A LA POBLACION
por CLARA SILVA

Librería y Editorial ALFA

Ciudadela 1389 — Tel.: 98 12 44

CALIBAN

no. (Distingo nuestra política latinoamericana de siempre, de las astutas técnicas con las que de tiempo en tiempo presionar sobre algún país latinoamericano).

Para tocar lo más profundo y — quizá lo descubriremos — espiritual de este tema, debemos hacernos una pregunta más bien chocante. ¿En qué sentido podría, un latinoamericano sensible que visitara nuestro país, encontrarnos subdesarrollados a nosotros? Creo que la respuesta ya no podría ser dada en los términos de Rodó, es decir, que somos materialistas, vulgares e indiferentes a las inquietudes espirituales. Indudablemente, me atrevo a decir que él nos encontraría considerablemente más espirituales que su propio pueblo, aunque no pudiera expresarlo precisamente en esos términos. Nosotros somos más espirituales en el sentido de que, como protestantes, estamos dedicados a la estéril, ¡ay!, tarea de alejar el pecado de nosotros mismos, de nuestra sociedad, del mundo. Nuestra preocupación espiritual es más urgente que la de los latinoamericanos, porque cargamos con la idea de que nosotros y ningún otro, ni Alguien más, es responsable por nuestra propia salvación. Adornamos nuestra teología con un moderno, antiséptico lenguaje ("responsabilidad individual", "dedicación al servicio", "ayuda a otros a ayudarse a sí mismos"), y trata de convertir a ella a los latinoamericanos. Pero aun cuando el anticuado protestantismo tiene su utilidad, no hay razón para suponer que el esquema Calvino-Locke, al cual adherimos, sea sensiblemente menos arcaico para engranar con el siglo veinte, que el esquema hispanotomista, que constituye el legado de América Latina.

Hasta tanto le preocupa la calidad de la relación humana, nuestro sensible latinoamericano es sorprendido por la falta de formalismo de la vida americana, la ausencia de aquellas pequeñas ceremonias, fórmulas y detalles de etiqueta, que dan forma y significación dramática al acto de vivir, y que nos permiten controlar la distancia y el tono de las relaciones personales. Advierte que nuestros "beatniks" no son tanto rebeldes contra nuestra cultura, sino los depurados ejemplares de nuestra falta de formalismo, y de ese modo se da cuenta por qué estamos tan orgullosos de ellos.

Nuestra "diplomacia en mangas de camisa" le resulta un desconcertante comportamiento, especialmente porque la intimidad a que llega el americano en un primer encuentro, difícilmente se transforma en amistad. Seguramente la carencia casi total de ese cálido y simple fenómeno, el amigo, es una condición casi patológica de nuestra vida social.

La desubicación de los ancianos en América, dejará perplejo a nuestro visitante, y sólo gradualmente podrá absorber toda la conmoción de esa encallecida y benevolente frase "los ciudadanos mayores".

Le sobresaltará la similitud en vestido y maneras, entre muchachos y chicas, en nuestras universidades y colegios.

De hecho la progresiva desaparición de las diferencias entre los papeles femenino y masculino en nuestra sociedad, le creará confusiones en su propio comportamiento.

A medida que estas impresiones van adentrándose en él, nuestro latinoamericano va llegando a la

desoladora convicción de que el aparente candor e informalidad del americano, cubre un complejo de confusiones hondamente arraigadas, que abarcan hechos fundamentales de la existencia: la amistad, la relación padre-hijo, muchacho-chica, marido y mujer, americanos y extranjeros, gente blanca y gente de color.

Esto conduce a Calibán a comprobar la inmensa soledad en que vive Próspero, y a preguntarse si su propia sociedad es, en todos los aspectos, tan subdesarrollada como Próspero tan insistentemente afirma.

Próspero hace todo lo que puede para remediar su soledad, inventando toda clase de agrupaciones, proyectos de organización, y reglas de conducta. En su mundo, experimentamos el reconfortante sentimiento de que alguien está siempre cuidando el arco.

Una vez hice un viaje a un país sudamericano, en compañía de dos representantes de una fundación. Nuestro trabajo consistía en identificar proyectos útiles de desarrollo social y económico. Después de varias semanas de intensas búsquedas, le espeté a uno de los colegas: ¿Qué haría Ud. si tuviera una idea de que este país no adelantaría una pulgada hasta no haber producido un Rivera y un Orozco? Se lo pasaría a Fulano, de la Fundación X, contestó sin pestañear, y no del todo en broma.

Sería difícil para un latinoamericano, apreciar totalmente este diálogo, o la generosidad espiritual que significaba, por parte de mi colega. Porque el latinoamericano vive en un mundo permanentemente habitado por madres y niños, bucaneros, santos y toros. Pero no es un mundo donde se pueda estar seguro que el arco está bien cuidado. Y en una justificable tentativa de disculparse, no dejará nunca de recordarnos que un "team" no es una comunidad.

El latinoamericano presta su simpatía a nuestra gran cruzada americana para abolir la pobreza, la necesidad y la ignorancia, aunque puede criticar nuestros métodos. Lo que lo hace titubear es la bien fundada sospecha de que esta cruzada es meramente el paso previo a una cruzada para extirpar el pecado del mundo. En su católica sabiduría, sabe que en este frente puede ganarse solamente ocasionales batallas, nunca la guerra.

Pero nosotros no podemos abandonar la campaña contra el pecado. He aquí por qué somos protestantes. He aquí por qué vivimos en soledad, cada uno buscando su propia redención, cada uno tratando de alcanzar al prójimo como un compañero, no como un hermano. Aquí ciertamente es donde Calibán debe aprender de Próspero. Aquí está su oscuro, su inconfesable secreto.

En una reciente conferencia (desde Fidel he concurrido a muchas), me llamó la atención la facilidad, el orden y la agudeza con que un grupo de peruanos analizaba las realidades sociales, las ironías políticas, y las ideologías en boga en su país. Cualquiera de ellos podía exponer sus esperanzas y su credo con elocuencia y espontaneidad. Me deslicé hacia un grupo de norteamericanos, de los brillantes. Aquí reinaba la confusión, lo inorgánico, premisas indefinidas, argumentos en el aire, subvaloración de ellos mismos, nostalgia por nuestro breve y patético instante de orientación político-intelectual en los años 30. Y sin embargo, ese mismo día, los latinoamericanos habían pedido una relación, alguna altisonante declaración, alguna llamada de clarín para las confundidas masas del globo.

Por favor, oh Calibán, no pidas que confesemos lo inconfesable. Nuestro silencio surge, no de nuestra inmadurez política, no de nuestro pragmatismo, ni siquiera de la indiferencia. Es el silencio de hombres encerrados en destinos individuales, cada uno su propio sacerdote, administrando cada uno sus propios sacramentos, salvando cada uno su propia alma.

En cada página que escribieron Colón y el bravo Cortés, pusieron evidencia sus planes, sus creencias, sus justificaciones, su misión histórica, sus esperanzas y sus visiones. Nuestros más recientes conquistadores protestantes, fueron solamente un poquito menos nobles, un poquito menos generosos.

¿En qué estamos pues, ahora? América Latina ha necesitado dos revoluciones. Primero, la revolución interna, institucional. En este sentido México dio el ejemplo. No ha sido ampliamente imitado, y México mismo, puede, algún día, necesitar repetirlo (como Francia lo hizo a menudo). Pero al menos el camino es abierto.

En segundo lugar, la revolución externa. En lo interior, Cuba no necesitaba mucha cirugía. Una dosis de sales hubiera servido igual. Pero Fidel, aunque haya fallado en otras cosas, o se haya excedido en su aparente inspiración megalomaniaca, ha derribado la mohosa pared de la Pi Monroviense, y ha conducido a la flota latinoamericana, en forma irreversible, sobre los altos mares de política internacional del poder. Qué es el lugar donde, como naciones, debían estar. Sus carabelas pueden ser atacadas; alguna, quizá la de Fidel, puede irse a pique. Sin embargo, otros pueden enfrentar las olas más graciosamente que nuestro poderoso barco del Estado.

Poco puede hacer Próspero cuando Calibán, roto el encantamiento, de pierta de su sueño. Después de todo el "desarrollo" que una gran potencia trae a un país "subdesarrollado" ocurre casi siempre durante la fase imperialista de inversión de capitales, no en la fase poscolonial de desarrollo retroceso.

América Latina, que igualó a nuestra población en 1950, doblará nuestras cifras en el año 2000. Nuestros pocos billones extra de distribución gubernamental, y las remesas de técnicos enviados al sur, poco harán para suavizar el trauma de su nueva nacionalidad.

Si Canadá y EE.UU. abrieran sus desiertas tierras a cincuenta o sesenta millones de inmigrantes latinoamericanos, indudablemente eso podría remodelar el destino del hemisferio. Pero nuestra manera en este siglo, difícilmente la de una hermana revolucionaria.

Hay por supuesto, posibilidad para mejorar ligeramente el tono de nuestras "relaciones" con Latinoamérica, poniendo al menos la reciprocidad en juego. Por ejemplo, nuestros universitarios inundan Latinoamérica, en una estrecha confraternidad, para estudiar, y generalmente para recetar frente a sus problemas económicos, sociales y políticos. ¿No podrían algunos estudiantes latinoamericanos, ser traídos a nuestra tierra —no para ser "entrenados" sino para estudiarnos a nosotros, como los isleños Trobriand que somos. Nuestros "expertos" "dan consejo" e ir al sur sobre agronomía, medicina, trabajo social, bibliotecas, planificación económica, administración pública, defensa militar, etc., etc. Si embargo, los americanos no parecen más sabios o perfectos que los latinoamericanos. ¿Habrá un medio por el cual nuestro gobierno nacional o local podría beneficiarse de la presencia de un grupo de latinoamericanos, consejeros y consultores? ¿No podrían los latinoamericanos, integrar comisiones que tratarían de ir a partir a nuestro gobierno federal, algunos de los, para nosotros, inefables secretos de la arquitectura pública: los centros cívicos? ¿No podría un latinoamericano, integrar nuestras misiones económicas, y compartir las tareas del agregado militar? ¿No podría ser enviado al norte un latinoamericano, para ayudar a reeducar a los por los caminos de la ley natural y de la equidad, de la cual, alguna medida, nuestras naciones parecen haberse extraviado?

Estos, se puede estar seguros, son los caminos que se abren. Pero el marido se salva de un golpe en la cabeza con el palote, trayendo flores al regresar a casa.

(Traducción de Y. C.)

CENTRO DE ESTUDIOS POLITICOS Y SOCIALES

Avda. 18 de Julio 1447

Montevideo

PROGRAMA de ACTIVIDADES PROXIMAS

Jueves, 15 de octubre (h. 19.30):

REUNION INFORMATIVA INICIAL

—Palabras del Prof. Luis E. Gil Salguero

—Informe del Prof. Ing. José L. Massera.

Entrada libre.

Viernes, 16 de octubre (h. 19.30):

Comienzo del seminario sobre Filosofía e Historia a cargo del Prof. Carlos A. Mourigán.

Lunes, 19 de octubre (h. 19.30)

Comienzo del seminario sobre Arte y Sociedad, a cargo del Prof. Juan José Flo.

Jueves, 22 de octubre (h. 19.30):

Comienzo del seminario sobre Historia Económica Colonial (Economías no monetarias en la Cuenca del Río de la Plata), a cargo del Prof. Diógenes De Giorgi.

En fechas que se anunciarán oportunamente, conferencias del Prof. Luis E. Gil Salguero:

"La alienación del hombre y problemas de época";

"Misión y visión de América en el pensamiento de José Martí".

Está abierto el registro de inscripciones para los seminarios.

Horario de Secretaría:

Junes a viernes de 19.30 a 21.30 hs.